

Nicolás Baïkov

## En la Isla

Nicolás Baïkov es un notable escritor ruso que ha vivido treinta años en Manchuria y conoce íntimamente la vida pintoresca y dramática de ese país en el que se desarrollan los extraños episodios que aparecen en sus obras.

La prensa de Europa comentó hace poco entusiastamente su libro «Mis Cazas en la taiga de Manchuria» evocando al exaltar sus páginas los nombres de Turguenev, Jack London, Máximo Gorki y André Malraux.

Hemos traducido el cuento «En la Isla» publicado en la última producción de Baïkov «El Gran Van», o sea la vida de un gran tigre de Manchuria, editada recientemente en París.



A pequeña isla estaba custodiada por cuatro guardas de caza. Cada uno vigilaba una parte de la ribera. En el caso de que aparecieran cazadores furtivos en barca, el guarda los dejaba acercarse y hacía fuego sobre el enemigo sin errar nunca el tiro. Otros guardas acudían generalmente al oír los primeros disparos y rechazaban fácilmente el ataque. Casi siempre lograban descubrir a tiempo al enemigo, pero la situación era muy distinta cuan-

do la barca con tres o cuatro cazadores furtivos llegaba a la playa sin ser vista. La escondían entonces en la arena, penetraban en la selva y mataban los siervos. Volvían a su barca cargados con el botín, es decir con las astas de los siervos y se iban tranquilamente. Pero los guardas vigilaban y despistaban a los cazadores y comenzaba una verdadera caza al hombre. Nadie pedía cuartel; la victoria era del más fuerte, del más hábil y del más resistente; el vencido quedaba en el mismo lugar y su cadáver era arrojado en un profundo precipicio o en el mar tumultuoso.

Muchos guardas perecían en esta isla a mano de los cazadores furtivos venidos del continente, pero era más importante aún el número de estos últimos muertos entre las olas del océano, en las montañas rocallosas y en las espesas selvas. Eran escasos los guardas que podían soportar mucho tiempo. La perpetua tensión nerviosa y los cotidianos peligros los gastaban pronto y la mayoría de ellos abandonaba la isla en la primera ocasión. Los que se quedaban eran hombres seguros, templados en los combates, que no conocían el miedo, la piedad, ni la tentación. Todos huían de la sociedad de los hombres, amaban la naturaleza salvaje y las aventuras. Apreciaban su situación independiente, consideraban su libertad y vivían de una manera particular que no tenía nada de común con la vanidad y la algazara de la famosa sociedad civilizada.

Afanassi Zuzulia era uno de los guardas. Su honradez y su sobriedad le habían valido la dirección del

parque de los ciervos. Debía preocuparse de que estuviese listo el forraje para el invierno y llevar la lista de los animales y dirigir a los demás guardas.

Durante muchos años sirvió lealmente a su patrón. Los cazadores furtivos habían tratado en vano de romperlo. De cuando en cuando una barca o juncos chinos se acercaban a la isla y estallaba una verdadera guerra entre los cazadores furtivos bien armados y Zuzulia que siempre rechazaba victoriosamente el ataque perdiendo a veces uno o dos hombres.

El océano inmenso, las tristes rocas, las oscuras selvas, las águilas, las gaviotas y las focas eran los testigos silenciosos de los penosos dramas del desierto salvaje.

## 2

Zuzulia caminaba rápidamente por el sendero pedregoso apresurándose para llegar antes de la caída de la noche al banco de arena. único sitio de la isla donde podía atracar una barca. El banco de arena tenía una extensión de dos o tres verstas y era allí donde se efectuaban las batallas entre los cazadores furtivos y los guardas.

Apostado detrás de una piedra enterrada a medias en la arena, Zuzulia dejó su carabina y se puso a escrutar el mar muy agitado y obscuro. Su fino oído percibía el menor ruido insólito a través del estrépito de las olas y el aullido del viento. Permaneció mucho

tiempo escuchando: el viento era cada vez más fuerte, las altas olas rodaban hacia la baja orilla, alcanzaban la piedra detrás de la cual estaba Zuzulia y se rompían contra el granito.

—Es el tifón, dijo Zuzulia, protegiéndose el rostro contra las frías gotas, es una verdadera noche de ladrones. Esos diablos pensarán que duermo y no espero ningún invitado. Sed bien venidos. El festín está listo. Quedaréis satisfechos, se decía el fiel guarda sintiendo el lejano ruido de los remos y el choque de las olas cortadas por la proa del junco.

Pasaron más de dos horas. En alguna parte, a lo lejos resonó la sirena de un paquebot que iba de la isla de Santa Olga a Vladivostok.

Pero atención. Zuzulia oyó de súbito el ruido preciso de la ola que golpeaba el casco de un barco. En cierta parte, muy cerca. Pero era imposible ver algo en el caos de la tempestad y de la lluvia.

Un relámpago brilló y Zuzulia divisó a trescientos pasos de la orilla a una gran barca llena de hombres armados. avanzaban suavemente con la ayuda de pértigas.

Después de medir la distancia, Zuzulia, unió la mira con una pasta luminosa y exclamando: «Que Dios me bendiga» se echó atentamente el arma al hombro y disparó a la luz de un nuevo relámpago. La tempestad cubrió el ruido de la detonación. El hombre que iba en la proa de la barca batió el aire con sus

brazos y cayó de espaldas herido en el pecho por la mortal bala dum-dum.

Zuzulia cambió rápidamente de posición y esperó un nuevo relámpago para enviar otra bala al pecho en que latía el corazón atrevido y valeroso de un habitante de la taiga. Los cazadores habiendo oído los disparos y viendo la pérdida de sus camaradas juzgaron prudente retirarse.

Al ruido de las detonaciones los guardas vecinos acudieron a reunirse con su jefe y abrieron fuego contra la infortunada barca.

El aullido de la tempestad, el silbido de las balas, el sonido de los disparos se mezclaron en una sinfonía única y terrible.

Numerosas balas disparadas por los cazadores fueron a hundirse en la arena a los pies de Zuzulia, pero no les prestó mayor atención.

Pronto desapareció la barca y cada guarda se fué a su sector. Pero Zuzulia desconfiaba, y conociendo los subterugios de los ladrones, permaneció detrás de su piedra.

El tifón levantaba montañas de agua y las arrojaba furiosamente contra las rocas de la isla como si quisiera hacerlas desaparecer de la superficie del océano.

A través de los aullidos de la tempestad y del estrépito del mar furioso, Zuzulia oyó repentinamente una voz humana. Le pareció que alguien lo llamaba por su nombre y lo maldecía. La angustia oprimió su corazón inflexible. ¿Nunca aún había sentido miedo? Pero esta

vez la angustia de la soledad apretó su alma. Sus pensamientos fueron hacia la taiga de la Manchuria donde cazaba antes el jabalí, las cabras salvajes, el tigre y el ciervo. Pensó en sus camaradas, ¿dónde estaban ahora? Acaso sus blancas osamentas se podrían en alguna parte en las «sopkas» (1) lejanas.

El ex-cazador sumergido en sus pensamientos no vió que las olas empujaban lentamente hacia la orilla la barca volcada.

Cerca de ella flotaba un largo objeto: un cuerpo de hombre o algas marinas.

Zuzulia volvió en sí y se precipitó hacia la barca. Con mucho trabajo la arrastró a la orilla, luchando contra las olas que lo cubrían de la cabeza a los pies.

—Todos han desaparecido. Que Dios tenga sus almas, dijo descubriéndose para hacer el signo de la cruz. ¡Señor, perdona a este pecador!

Diciendo estas palabras Zuzulia sacó del agua el cadáver de un hombre y lo depositó sobre los guijarros. A la luz de su linterna vió un rostro joven y hermoso, encuadrado por una barba negra. Colocando la mano en el pecho del desgraciado sintió que el corazón latía aún débilmente.

Zuzulia había aprendido durante su servicio militar a volver a la vida a los ahogados. Se puso a hacer girar los brazos apoyándose en el tórax. Trabajó mucho tiempo sin resultado y ya quería abandonar al ahoga-

---

(1) Tumbas.

do, pero su carácter testarudo lo obligó a perseverar hasta el momento en que aparecieron los primeros signos de vida.

Un suspiro, junto con el agua, se escapó por fin del pecho del desgraciado que volvió en sí poco a poco. Estaba sin embargo tan débil que Zuzulia tuvo que transportarlo a un sitio seco bajo una encina enana.

## 3

Todo está en calma en la casita del guarda. Un grillo infatigable canta detrás de la estufa. Una pequeña lámpara alumbra débilmente el pobre mobiliario de la vivienda.

El viento que había soplado toda la noche se calmó al alba. El tifón se alejó en dirección a Sakhalin.

Sobre un ancho banco, cubierto con un abrigo, está acostado el joven cazador furtivo resucitado por Zuzulia. Duerme. Su respiración regular levanta suavemente la tela del abrigo. Tiene el rostro pálido y tranquilo como el de un niño dormido.

Zuzulia está sentado junto a él en un taburete, con los brazos cruzados sobre el pecho y mira fijamente el rostro del dormido.

El ex-vagabundo solitario, olvidado de todos, siente que su corazón gélido y endurecido arde, que la presencia de un desconocido débil y sin defensa despierta en él el sentimiento ignorado de la piedad.

El hombre se movió y abrió sus grandes ojos negros.

Al principio todo le pareció un sueño, reunió sus recuerdos y no comprendía dónde se hallaba. Al fin se incorporó sobre un codo y preguntó: ¿Dónde estoy? ¿No me he ahogado?

—Permanece acostado, dijo suavemente Zuzulia. No te levantes. Debes descansar. Toma té caliente con ron. Más tarde me preguntarás. Por el momento obedece.

Prudente y tiernamente como un enfermo solícito, Zuzulia ayudó al desconocido a tomar té caliente.

Miraba con placer a ese joven ser al que había vuelto a la vida.

Admiraba la belleza del rostro joven y fresco y sentía una profunda satisfacción al pensar que ese joven le debiese la vida a él un viejo solitario.

Después de haber tomado varias tazas de té fragante, el joven se restableció completamente y se sentó en el banco apoyando los pies en la tierra.

El alba pálida miraba a través de la pequeña ventana de la cabaña.

Zuzulia pasó al desconocido las ropas que se habían secado junto a la estufa y lo ayudó a vestirse.

Representaba veinte años, era grande, esbelto; se veía hermoso en ese interior modesto y pobre.

—¿Cómo te llamas?, preguntó Zuzulia.

—Alexis, respondió el desconocido. Alexis Krutysh.

—Pues bien, Alexis, dijo Zuzulia posando la mano en su hombro, te he sacado del agua medio muerto,

cerca de la barca. Dios ha castigado sin duda a tus camaradas y todos se han ahogado.

—No todos, exclamó Alexis, muy conmovido, tú mataste dos. Entonces nos fuimos mar adentro esperando un momento favorable para desembarcar, pero ese maldito tifón volcó la barca y sólo yo quedé con vida.

Diciendo estas palabras el joven se volvió hacia el muro y gruesas lágrimas corrieron de sus ojos sobre el abrigo sucio.

Viendo su dolor y su angustia, Zuzulia le dijo:

—Cálmate, Alexis. Hay que inclinarse ante la voluntad de Dios. Sin duda era necesario que fuese así. Nada se puede hacer contra El... ¿Y quién iba contigo en la barca? ¿Acaso tu padre y tus hermanos?

—Mi hermano mayor. Era el que gobernaba la barca... Fué muerto el primero, respondió Alexis reteniéndole sus sollozos y esforzándose por ahogar la angustia que le oprimía el corazón como en un torno.

Zuzulia inclinó la cabeza y calló.

El grillo gritaba furiosamente. De lejos venía el rugido del océano. Se levantaba el día. Los gorriones cantaban detrás de las ventanas.

Tranquilizado un poco Alexis sacudió sus rizos negros y dijo dirigiéndose a su salvador:

—Sí, esa es probablemente la voluntad de Dios. Ustedes los guardas no son responsables de la muerte de mi hermano y de mis camaradas. Cumplen con su

oficio, nosotros con el nuestro. Todos necesitan un pedazo de pan.

Zuzulia alzó la cabeza y miró al joven agradecido.

—¿Dónde vives?, preguntó.

Alexis tomó una carabina que colgaba del muro, examinó con admiración la empuñadura labrada y la culata y dijo:

—No lejos de aquí en Suletrane ¿Lo conoces? En el pueblo Vladimirovka,

Apoyó el arma en el hombro apuntando a la ventana.

—¿Y de dónde eres? ¿De esta región o vienes de Rusia?

—Hemos venido de Rusia. Yo nací aquí, pero mi hermano mayor tenía cinco años cuando mis padres llegaron aquí. Somos de Voronege. Muy cerca de la ciudad. Al principio nos costaba trabajo vivir en estos nuevos lugares. Pero ahora nos va bien. Tenemos bastante tierra que arrendamos a los chinos y nosotros cazamos... Es hermosa tu carabina. Quisiera tener una como ésta. ¿Cuánto te costó?

—No sé en verdad. No es mía. Es de mi patrón: Pero se puede comprar una igual en Vladivostok. Debe costar unos sesenta rublos.

Zuzulia y Alexis salieron de la cabaña conversando.

El sol aparecía en el horizonte saliendo lentamente de la niebla que cubría la superficie del mar agitado. El aire estaba inmóvil, pero las olas ornadas de blancas crestas reventaban sobre la rocosa ribera y rugían sórdamente.

Se oían los gritos de las gaviotas, hábiles pescadoras, y el silbido de los chorlitos.

El olor del agua salada, de las algas, de los peces frescos, el olor específico y fuerte del mar impregnaba el aire.

Las volutas lechosas de la niebla se elevaron lentamente bajo la influencia de los rayos del sol, flotaron en el aire y se fundieron en el cielo azul.

El gran océano rugía.

## 4

Es mediodía. El sol lanza cruelmente sus rayos. Hace mucho calor. Las piedras del pavimento y los muros de las casas de la calle Svetlanska de Vladivostok arden; el movimiento está suspendido, únicamente los obreros y los hombres obligados a salir por sus ocupaciones andan por las calles desiertas. Algunos cargadores chinos pasan con fardos a la espalda. Escasos Ivostchicks (1) pasan a lo largo de las ricas vitrinas de los grandes almacenes haciendo correr a sus cansados caballos.

Desde ese sitio se divisa la bahía. Se ven las obscuras siluetas inmóviles de los cruceros, y a la derecha, en el puerto comercial, los paquebots gigantes.

Allí no se detiene la vida. Se escucha el chirrido de las grúas, el estrépito de las gigantescas cadenas,

---

(1) Vehículo ruso.

los silbatos, los aullidos de las sirenas, los gritos monótonos de los cargadores chinos.

En la niebla lejana se divisa la negra masa de la Isla Rusa (Ruski Ostrotrov).

Encima de la ciudad, en las montañas rocosas, están fijas las bocas de los cañones gigantes.

A pleno sol, cerca de la puerta de un gran almacén había un guarda hindú. Su rojo turbante, su rostro bronceado encuadrado en una barba negra y rizada, su gran nariz aguileña y el tinte azulado del blanco de los ojos recordaban la patria cálida y lejana de ese hombre, las altas palmeras, los cuentos de hadas, la belleza y el encanto de los países exóticos.

A la llegada de los clientes se levantaba sin ruido estirando su alta estatura, tiraba el cordón e inclinaba ligeramente la cabeza.

Había mucha gente en el almacén. Numerosos transeúntes buscaban en él, refugio contra el calor asfixiante y el polvo de fuera.

Cerca del mostrador se detuvo un hombre de mediana estatura, de negros cabellos, de bigote fino y corto que caía sobre el mentón prominente y duro, de pequeños ojos expresivos que brillaban bajo unas cejas espesas. Era Zuzulia que había venido de su isla para hacer compras.

Mientras escogía y apartaba las mercaderías, se acercó a él un joven de hermosa presencia, cubierto con un sombrero de paja y vestido con un traje de tela salpicado de fango y manchado con alquitrán.

—Buenos días Afanassi. ¿No me reconoces? ¿Te acuerdas del tifón?, dijo pasando la mano sobre el hombro de Zuzulia y sonriendo alegremente.

—¡Bah! Buenos días. ¿Eres tú Alexis?, te recuerdo. No pensaba que volveríamos a encontrarnos, respondió rápidamente Zuzulia estrechando la mano del joven.

—No estoy solo aquí. Mi padre y mi hermana están en el almacén. Aquí vienen, te voy a presentar, dijo Alexis muy conmovido, sin soltar la mano de Zuzulia.

Un anciano de alta estatura semejante a un patriarca antiguo, se acercó acompañado de una joven que se parecía mucho a Alexis, pero que era más hermosa y más fina. El padre tenía el aspecto grave y tranquilo de un comerciante de viejo temple. Estaba cargado de paquetes y de pequeños sacos. Su mirada inteligente y severa expresó asombro. Su hija vestía a la manera de las aldeanas, pero con mucha riqueza: su padre no le permitía usar vestidos «franceses»; llevaba la cabeza cubierta con una pañoleta de seda roja que venía muy bien a su rostro tostado. Una espesa trenza de cabellos castaños caía más abajo de sus rodillas. Los grandes y maliciosos ojos se detuvieron sobre su hermano y su amigo. Zuzulia se sintió molesto: tenía frente a él a uno de sus enemigos mortales, al padre del cazador furtivo a quien había muerto. Pero la cordialidad de la acogida y la presencia del joven a quien había salvado lo reconciliaron un poco con la situación y respondió con

agrado a las preguntas de Ivan Krutyeh, padre de Alexis.

La hermana de éste, Catalina, no tomaba parte en la conversación y examinaba a hurtadillas a Zuzulia.

Al círque su hijo le presentaba al guarda principal de la isla, el anciano frunció las cejas y una sombra imperceptible pasó por su rostro, se volvió, pero dominándose habló pronto alegremente como si nada hubiese sucedido. Catalina que seguía a su padre con los ojos, reflejó los mismos sentimientos.

—Muy feliz, decía Yvan Krutyeh tomando a Zuzulia del brazo y llevándolo hacia la salida. Desde hace mucho tiempo tenía deseos de conocerlo. En cierto modo usted es un hombre célebre. Lo conocen en todo el litoral. Mi hijo ha perecido recientemente ante esa maldita isla, pero me he inclinado ante el destino. Es la voluntad de Dios. Les había prohibido a los dos que fueran allí. Pero vaya usted a convencer a la juventud de hoy. No hay nada que hacer, y el resultado es éste: uno ha muerto y el otro se ha librado de la prisión gracias a su bondad. Alexis me lo ha contado todo. Le agradezco.

Zuzulia escuchaba al anciano sin atreverse a alzar los ojos. Se sentía asesino del hijo de Krutyeh y al mismo tiempo no se consideraba culpable.

«Cómo hacer para librarme de este viejo cazador furtivo, pensaba caminando junto a él por la calle. Alexis es un buen muchacho, pero éste debe ser un

gran bribón. La joven parece ser igual a su hermano, «tiene bonitos ojos que le miran a uno el alma».

—¿Dónde reside usted?, preguntó el anciano mirándolo a la cara.

—En casa de mi patrón. Regreso hoy con él a la isla, se apresuró a decir Zuzulia.

No era verdad, pero inventó un pretexto cualquiera para poder despedirse de sus nuevos amigos.

—Venga a comer con nosotros. No es lejos de aquí. Estamos en el hotel Ussuri. Lo invito. Debo agradecerle que haya salvado a mi hijo.

Viendo que era difícil doblegar al testarudo Zuzulia, Krutysh se volvió hacia su hija y le dijo dándole una mirada de inteligencia:

—Ruégale tú, hija mía. Convida al queridísimo huésped. Convéncelo que nos haga el honor.

Catalina no se lo hizo repetir. Alzó sus hermosos ojos de largas pestañas oscuras y dijo con una voz profunda y bien timbrada:

—¿Cómo puede negarse? ¿No quiere pues aceptar la invitación de personas sencillas como nosotros? ¿Nos desprecia? Venga, se lo ruego.

Jugó con sus maravillosas pestañas y una llama maliciosa brilló en sus ojos oscuros.

—Afanassi, te ruego que vengas, hazlo por mí, agregó Alexis.

No había nada que hacer. Era preciso aceptar. Los hermosos ojos de la joven habían producido una profunda impresión en el rudo habitante de la taiga.

—Bien, vendré un poco más tarde, dentro de una hora. Debo avisar a mi patrón, dijo Zuzulia subiendo a un coche de alquiler.

Después de haberse alejado un poco se volvió y vió claramente que la joven lo miraba repetidas veces y le hacía señas con la cabeza.

Zuzulia regresó confuso y desorientado y la imagen de la hermosa no lo abandonó.

5

Cuando llegó al hotel, Krutyeh mandó a su hijo a buscar zakuskis (1). Entonces se entabló entre él y su hija la siguiente conversación:

—Katiucha, sabes que tengo que hacerte una petición. O más bien debes hacer un servicio a la comunidad. ¿Comprendes?

—¿Cómo no voy a comprender, padre? Quieres que convenza a ese viejo lobo que te permita ir a cazar a la isla. Lo sé. No tienes necesidad de explicarme eso más tiempo. Pero no puedo garantizarte el éxito. Es duro como el sílice, respondió Catalina mientras ponía el cubierto.

—Inténtalo sin embargo; haz lo posible. No te cuesta mucho. No es la primera vez. ¿Te acuerdas del guardabosque de Imane? Tú lo arreglastes de la mejor manera. Se tragó el bocado. Trata de hacerlo bien,

---

(1) Bebida que se prepara con pepino en escabeche.

hijita. La comunidad te agradecerá. Serás recompensada. También aprovecharé yo. Piensa pues: podremos tener cerca de diez mil rublos por los panty (1). Vale la pena. Engañaile para que se ponga suave y obediente. Cambia al lobo en cordero. Para eso ha sido dada a las mujeres una fuerza especial. Pero no digas nada a Alexis. Se ha hecho amigo de él. Sólo puede molestartos. Ven para que te bese por eso.

El padre tomó la cabeza de la joven entre sus manos y la besó en la frente blanca y despejada.

Se sintieron pasos y voces en el corredor. Alexis entró en la pieza seguido de Zuzulia, rojo de confusión.

—¡Ah! aquí está nuestro invitado, el señor Zuzulia, exclamó el anciano cazador, ofreciendo un sillón al guarda principal de la isla prohibida. Gracias por el gran honor que me haces. Me agrada ésto. Siéntate dijo el anciano tuteando inmediatamente a Zuzulia.

Durante la comida, que duró dos horas, los Kru-tych atendieron solícitamente a su convidado sirviéndole vodka, vino y aguardiente. Al final, el anciano pidió champaña. Catalina, sentada junto a Zuzulia, flirteaba abiertamente con él, le apretaba el pie bajo la mesa y llegó hasta besarlo bruscamente en la boca.

El ex vagabundo, el lobo de la taiga que nunca había visto de cerca a una joven, perdió inmediatamente la cabeza, tomando todo como cosa realizada,

---

(1) Astas de los ciervos.

dejándose arrastrar hasta el olvido de sí mismo, como puede suceder a una naturaleza fuerte, obstinada e intacta.

El cazador furtivo triunfaba. Guiñaba el ojo a la hija, golpeaba a Zuzulia en el hombro gritando «amer» (1) obligándolos a besarse.

Alexis dormía en el diván completamente ebrio.

Viendo que estaba de más, Krutyeh salió suavemente y fué a acostarse a su pieza.

—Afanassi, te amo, decía la joven sentada en las rodillas de Zuzulia, loco de pasión, apretando contra él su rostro encendido.

—Sí, te quiero, Katia, deseo casarme contigo, le decía, besando a la hija del cazador desfalleciente. Seremos felices en la isla. Gano bastante. Tendremos una granja. Te haré construir una casa. Te vestiré como a una reina. ¿Quieres? Sí. Dilo pronto. Si no te estrangularé, te lo juro, decía Zuzulia como en un delirio, olvidando todo el mundo y mirando a los ojos oscuros y enigmáticos de la ardiente joven.

—No necesito tu dinero. No quiero tus adornos ni tus riquezas, respondía Catalina, acariciando el rostro de su enamorado con su pequeña mano suave como la pata de una gata. Me gustas. No quiero otra cosa. Pero exigiré que accedas a un pequeño servicio que te pediré.

---

(1) En Rusia se dice «amer» durante el banquete nupcial, para obligar a los recién casados a besarse.

—Haré todo por ti, vida mía. Pide lo que quieras, murmuraba Zuzulia en la embriaguez del amor. Te daré mi vida, haré todo lo que desees. Dilo inmediatamente. No me tortures, palomita mía.

Catalina lanzó una mirada sobre su hermano dormido y murmuró al oído de su enamorado:

—Quiero que un día nos permitas cazar en la isla desde la mañana hasta la tarde. ¿De acuerdo? Entonces seré tuya. Si no accedes me pruebas que no me quieres.

Zuzulia no esperaba una cosa semejante. Quedó sobrecogido. Su mirada se empañó y se le oprimió dolorosamente el corazón. Vacilaba. Pero el encanto misterioso de la mujer subyugó su voluntad, quebró su carácter de hierro.

Zuzulia vertió lágrimas ardientes, desesperadas. Veía el abismo que se abría ante él, pero no tenía fuerzas para detenerse.

—Como ¿lloras tú Afanassi Zuzulia? ¿Dónde está el amor de que hablabas hace poco? Me has mentado. Aprecias más a tu amo que a mí. Eres un esclavo. Eres un perro, tendido sobre un haz de heno, que no comes ni dejas que los demás aprovechen de él. Vete, te detesto. Ve a buscar otra mujer esclava como tú.

Y diciendo esto la joven dejó las rodillas de Zuzulia. Pero éste la retuvo con un brusco movimiento.

—Soy tuyo, tuyo. Haz de mí lo que quieras. Llora de angustia, del sufrimiento que roe mi corazón, que

has arrancado de mi pecho. No me desdigo. Estoy dispuesto a todo.

—Esa es otra cosa, dijo la hermosa astuta, cambiando de tono. Ahora veo que me quieres. Hablemos, pues, con un poco de serenidad. Me has besado bastante... Espera... Más tarde... estarás harto... te cansaré pronto... Todos los hombres son iguales. Bueno, te creo. Está bien... decía apartando el rostro de Zuzulia, ardoroso de pasión.

—Iremos en dos barcas. Iré con mi padre, mi hermano, mi tío y dos primos en una; en la otra irá la familia de mi tío materno. Será mucha gente. No nos quedaremos mucho tiempo. Tú llevarás a los guardas a la orilla meridional, para que duerman todo el día y toda la noche. Diles que es tu día y todo se arreglará. En la noche se cargarán los «panty» en las barcas y hasta la vista. Está bien.

—Qué inteligente eres. Un verdadero ministro, dijo Zuzulia encantado con el espíritu práctico de la joven.

Espera... Eso no es todo. Cuando ellos se hayan ido, iré a juntarme contigo en la isla y viviremos como marido y mujer. Más tarde podremos casarnos. Dime si todo esto está mal combinado. Los guardas no sabrán nada. Dales un polvo cualquiera para que duerman el mayor tiempo posible. En cuanto a los ciervos muertos, serán llevados también, y los que no se puedan cargar en la barca se arrojarán al mar. No quedarán huellas. No está mal, ¿he? ¡Ah, querido mío! Peja que te bese a mi manera.

La hija del cazador, fuerte, hecha como Venus, abrazó a Zuzulia ebrio de alcohol y de amor y lo oprimió contra sus senos altos y duros.

En el dormitorio vecino se sintieron pasos. Alguien tosió. Se abrió la puerta e Iván Krutysh entró, cerrando los ojos a causa de los rayos de sol que penetraban por la ventana que se abría a la magnífica bahía «El Cuerno de Oro».

—Pues bien, hijos míos, es hora de tomar té, dijo el anciano examinando a Zuzulia, turbado y arrojando una escrutadora mirada a su hija. Perezoso, Alexis, levántate. Parece estar completamente dormido. Vamos a tomar té. Y en la noche iremos al cine. Viva la alegría. Hay que aprovechar la ciudad una vez que se ha dejado la taiga. Toca ese timbre para que nos traigan un samovar.

El mozo entró con una servilleta al brazo. Zuzulia se levantó, se despidió de sus huéspedes diciendo que tenía necesidad de ir donde su amo.

Catalina lo besó ruidosamente, murmurando a su oído: «el 24 de junio».

Zuzulia partió conmovido y enamorado.

Al día siguiente, después de haber concluído con sus ocupaciones se encontró en su isla con el corazón henchido de radiosa esperanza.

## 6

El mar está sereno. La liebre marina grita en al-

guna parte, a lo lejos. Sopla un suave viento de alta mar, precursor del alba y mueve las ramas de la enorme encina plantada en lo alto del acantilado.

Pronto el rojo disco del sol apareció en el horizonte a través de la bruma, se alzó majestuosamente sobre el desierto azul, arrojando sobre la superficie un haz de de chispas de púrpura y oro.

Las golondrinas y los aguiluchos abandonando sus nidos de las rocas volaron en todas direcciones. En una casita, al borde mismo del acantilado que cae a pique sobre el mar, se reunieron todos los empleados para festejar el cumpleaños de Zuzulia, el guarda principal.

Los rudos guardas, templados por la lucha contra los elementos y los hombres, están sentados alrededor de una mesa de encina y ahogan en el vino sus tristes pensamientos. Los vasos se han llenado numerosas veces. Las lenguas que habían perdido el uso de la palabra se desataron. Volaron los negros pensamientos. La vida pareció más clara, los horizontes más amplios, pensamientos nuevos y audaces ahuyentaron la melancolía.

Zuzulia bebía poco, salía a menudo de la casita, afinaba el oído. A veces oía disparos lejanos y entonces el dolor desfiguraba su rostro, mientras sus delgados labios murmuraban una plegaria: «Señor perdona a este pecador».

Los guardas no bebieron mucho tiempo. Al medio-

día todos dormían con un pesado sueño, tendidos en el suelo, sobre las bancas y en el patio.

Zuzulia les dejó cinco botellas de vodka para el despertar y volvió a la orilla norte, donde se encontraba su casa. Allí todo estaba listo para recibir a la querida invitada.

El sol había descendido. Hacía tiempo que habían cesado las detonaciones. No pudiendo dominar su impaciencia, Zuzulia tomó una linterna sorda y salió de la casa.

El aire estaba inmóvil. Hacía un calor pesado y húmedo. En el sudeste, junto al horizonte, trepaba lentamente una nube negra.

—Vendrá un tifón, pensó Zuzulia y apresuró el paso, dirigiéndose al acantilado, desde donde podía divisar el banco de arena. «Sus barcas deben estar allá. No veo nada. Sin embargo, desde aquí se ve toda la playa. Nada».

Repentinamente divisó en la orilla del acantilado dos barcas llenas de botín que se hacían a la mar. Zuzulia distinguió claramente en la segunda una figura de mujer que tenía un fusil en la mano. Estaba de pie en la popa y agitaba un pañuelo blanco. El rudo cazador comprendió todo. Una llama demente brilló en sus ojos. Desesperadamente alzó los brazos al cielo y se arrojó al mar desde lo alto del acantilado.

El abismo negro y misterioso hervía, las olas enormes se quebraban contra el pecho de piedra de la isla solitaria.

Las barcas frágiles cortaban las ondas, se abrían gallardamente, camino hacia el continente.

El gran océano rugía: se acercaba el tifón.

(Traducción de A. G. S. M.)